

Manuel Francisco Reina

EL FIEL
DE LA
BALANZA



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO
— COLECCIÓN ANAQUEL DE POESÍA, N° 105 —
MADRID • MMXXI

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento, transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

De la obra © MANUEL FRANCISCO REINA

De la edición © EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO
www.cuadernosdelaberinto.com

Dirección de la colección: ALICIA ARÉS

Diseño de la colección © Absurda Fábula
www.absurdafabula.com

Ilustración de cubierta © LUIS MORO (*Sinfonías paralelas*)
Fotografía del autor en solapa © JORGE POZO

Primera edición: Marzo 2021

I.S.B.N: 978-84-122808-1-4
Depósito legal: M-3388-2021

Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

*Dejé un temblor, dejé una sacudida,
un resplandor de fuegos no apagados,
dejé mi sombra en los desesperados
ojos sangrantes de la despedida.*

RAFAEL ALBERTI

*Si a tu lado deslizo
mi oscura sombra, larga que te desea;
si sobre las hojas en que reposas yo me arrastro, crujiendo
levemente tentador y te espío,
no amenazan tu oído mis sibilantes voces,
porque perdí el hechizo que mis besos tuvieron.*

VICENTE ALEIXANDRE

www.cuadernosdelaberinto.com

MAPA DE SITUACIÓN

ELEGISTE LA CIUDAD del Paraíso como principio y final de nuestra historia. Igual que comenzó, acaba ahora este suave fluir por esas calles que un día caminamos, abrazados, en busca de un lugar de alba entrega, con un borracho perfume de varas de nardo. Ahora la ciudad también es otra, o tal vez no, tan sólo contemplada con otros ojos, con otra mirada menos tuya, más *enmismada* y aterida. Regreso a ella y en los árboles siguen floreciendo estrellas rosas, y blancas y amarillas, consteladas como una conjunción de amor casi idéntica a esta, salvo que ahora soy consciente de que las estrellas son flores, que se deshojan con el viento y caen a nuestros pies, no como ofrenda de alegría sino como exvoto fúnebre. *Cree el hermoso que es hermoso el mundo*, decía el adagio anónimo de los poetas andalusíes que tantas veces compartimos, pero vino la cruz y las hogueras, el poder disfrazado de verdad y compromisos, el embozado deseo de pertenencia al número, a la gleba de los bien pensantes que participan en el oficio de señalar a los otros y buscan en secreto lo que luego castigan y condenan. Ahora vistes el hábito de convención fingida, mientras

abrazas por detrás la mano hermana de tu perfidia oculta. Larga vida tengas Caín amado. Llévate muy lejos el recuerdo de la inocencia sin dudas de mi sien golpeada. La aterida sorpresa de tu crimen en mis pupilas. Que el este del Edén te sea benéfico, y galopes sobre el animal furioso de tu quimera. Yo voy a quedarme un rato más entre cenizas. Entre las ruinas de este jardín ardido en un instante de egoísmo soterrado. Voy a enumerar los nombres secretos del dolor que desataste. La devastación que la mentira ha desencadenado como una maldición de hecatombe a la que he sido invitado sin pedirlo. Me acurruco en el hueco del árbol de la ciencia, cuna y mortaja donde dibujo con mi sangre un pobre mapa sin sentido. Un esbozo que confunde el lugar donde se fue feliz y me creí a salvo de tentaciones del mundo, de injerencias del mal aunque nos asediase con sinuosas promesas, durmiendo en ti, cada noche, sobre mi propio pecho. La palabra de entonces no es más que una migaja de nada, un tiznado montón de partículas frías y grises que sobrevuelan mis ojos y mi cabeza, como una corona de vacío dispersada en el viento.

L e n g u a C o m ú n

www.cuadernosdelaberinto.com

www.cuadernosdelaberinto.com

Toda la Tierra hablaba una misma lengua y usaba las mismas palabras. (...) y dijeron: «Edifiquemos una ciudad y una torre cuya cúspide llegue hasta el cielo. Hagámonos así famosos y no andemos más dispersos sobre la faz de la Tierra». Pero Yahveh descendió para ver la ciudad y la torre que los hombres estaban edificando y dijo: «He aquí que todos forman un solo pueblo y todos hablan una misma lengua; siendo este el principio de sus empresas, nada les impedirá que lleven a cabo todo lo que se propongan. Pues bien, descendamos y allí mismo confundamos su lenguaje de modo que no se entiendan los unos con los otros».

Así, Yahveh los dispersó de allí sobre toda la faz de la Tierra y cesaron en la construcción de la ciudad. Por ello se la llamó Babel porque allí confundió Yahveh la lengua de todos los habitantes de la Tierra y los dispersó por toda la superficie.

GÉNESIS 11:1-9

www.cuadernosdelaberinto.com

G É N E S I S

DICEN QUE Dios creó el mundo para que dos se amaran pero, antes de eso, todo era caos, y silencio, y el verbo como un pájaro desconcertado, sin que se pronunciase su vuelo ni su nombre, aleteando sobre las aguas.

Fue la soledad el principio. Esa es la realidad insonora de la que nadie habla ni escribió en texto sagrado porque está prohibida para lo vivo. Es la inexistencia: el no ser y estar. Luego el creador dio poder a Adán para nombrar las cosas. Para poseerlas con su sonido y la articulación primera de su nombre, de su natura, de su esencia más neonata; pero la soledad, esa soledad primigenia, negada, abandonada, proscrita, seguía en él, también en él, como una huella, como un eco mudo de su primera existencia. Quiso el padre que su criatura no estuviese sola y le entregó el amor. Le dio ese fuego que calienta sin llama y por quien el jardín y sus seres tenían sentido, y puso a la perfección la mácula de la serpiente, que no es la prohibición, ni el pecado y su manzana, sino la vulnerable consciencia de saber que nuestra dicha, nuestra vida, la creación entera, depende del otro, aunque el otro no lo merezca y ponga en riesgo todo, hasta a sí mismo, con un puñal de sombra silenciosa y abandono.

V E R B O

PARA SER LIBRE como un buen poema, habrías de entender primero lo que eso significa. Lo que mueve y da vida nombrar. Lo que mata y destruye el silencio cómplice y culpable de la palabra hueca. Debes saber lo que vale una palabra. Lo que pesa y lo que supone cohabitar con tan antiguas criaturas, tan sagradas que aletearon al principio de los tiempos bajo la noche eterna del caos y sobre las aguas. Vivir en ellas con la profundidad de un pensamiento. Con la entrega de una gota de lluvia en el océano mismo. Y luego dejarte albergar por todas y cada una. Convertirte en su casa y su templo. Su asilo sin condiciones y su materia alimenticia. Su protector y su amante, su sirviente más leal, si de lealtades supieras, y su sumo sacerdote. Comprender su natura complicada y a la vez sencilla. Su poder para interpretar el universo y cambiarlo, para traducir lo inefable como el dolor, o el miedo, o la muerte, o el amor sin fisuras. Para ser libre como un buen poema, primero tendrías que comprender su precio, su valor intasable y sin posibilidad de puja, de compra o de trueque; su poder salvador y condenatorio, su vuelo hacia mundos que no caben en tu espíritu. Para ser de verdad libre como un buen poema, arquitectura poderosa de sonidos en armonía inexplicable, habrías de nacer de nuevo, volver al limo que te mueve y que ya no ocultas, renacer indemne de egoísmo, aprender la diferencia entre el valor y el precio que tantas veces te mostré, con los versos de otro, mas no comprendiste. Hay quien gusta pero no paladea. Porque hay quien mira, pero no ve. Hay quien oye pero no escucha. Hay quien toca, pero no siente. Hay quien habla,

pero no dice. Hay quien parece ser, pero sólo aparenta. Hay quien interpreta amar pero sólo quiere el reflejo frío que le devuelve el espejo. Para ser libre, no ya como un poema, bueno o malo, como una palabra, como un morfema, como una sólo letra en la noche glacial de una página en blanco, habrías de ser otro, persona, humano y eso, aprendiz de nada, lo dejaste morir una noche sin nombre, una noche de feria con reptiles cómplices, de un solo bocado, en la manzana de siempre, con el veneno de nunca volver a la verdad de la palabra dada.

www.cuadernosdelaberinto.com

LAMENTACIONES DE ADÁN

PONGAMOS QUE, al principio del mundo, al principio al menos del mundo nuestro, hubiéramos sido Adán y Evo. Un paradigma inédito en el jardín de amor de siempre, sin herir suspicacias de género ni mitos rancios. Pongamos, como digo, que vivimos la Arcadia dorada de la dicha amante. Que no fue mi costilla tu matriz primera, aunque sí mi palabra, y mi ser vedado en tus oídos y a cada día, el material de construcción de tu realidad buscada, de ese jardín floreciente en cada compromiso, en cada verso aprendido o entregado, en cada risa brotadora que hacía construir un espacio, un lugar ameno desde el que nos contemplaban reptantes los ofidios, rencoroso siempre con lo que se alza en vuelo, con lo que se yergue y germina... Pongamos que estábamos hechos el uno para el otro como todos creyeron, incluso yo, que me había descreído de todo hasta conocerte. Pongamos que todo lo creado, lo nombrado, lo dicho y escrito no fuese en vano... ¿Por qué me siento en efecto un Adán estúpido? Un Adán de Adanes. Un imbécil por antonomasia que no supo ver cómo en realidad eras. Un necio y desnudo cordero para el sacrificio ¿Para qué la palabra dada si tu no la sentías? ¿Para qué tanta prisa en acortar las distancias y cercarlas en dos anillos? ¿Para qué tanto esfuerzo en dibujar un mundo y alrededor de él estrellas, constelaciones y galaxias? ¿Para qué tanta maravilla puesta en peligro desde el inicio, decididamente marcada para no durar?